

hemos liquidado a la clase campesina y sus pueblos (...). Con los desechos de una industria primitiva hemos estropeado el entorno de nuestras ciudades».

Cómo reorganizar Rusia es, en segundo lugar, un balance -por cierre- del antiguo país de los soviets: la hermandad socialista nunca ha funcionado y, por tanto, el proceso independentista es irreversible e, incluso, necesario; pero, ¿se podrá salvar la unión entre Rusia, Ucrania y Bielorrusia? La economía no funciona y, dentro de ella, la agricultura está encorsetada: la propiedad privada, el cariño a la tierra propia, representa la única solución posible. La familia ha sido destruida, la mujer apartada del hogar, el maestro empujado al desprestigio social y el niño ha sufrido un lavado de cerebro terrible: rehagamos las familias normales, devolvamos las mujeres al hogar, prestigieemos la educación, logremos que los maestros recuperen la vocación y salvemos los niños de la *barbarie atea*: «La salida moderada de nuestro período de desgracias, que Rusia sepa o no llevar a cabo ahora, es más difícil que lo fue liberarse del yugo tártaro: entonces la columna vertebral del pueblo y su fe cristiana no estaban rotas. En el año 1754, bajo Elizabet, Piotr Ivanovich Shuvalov propuso un sorprendente *Proyecto para la defensa del pueblo*. ¿Era acaso un extravagante? No. Era sabiduría política, sabiduría de un hombre de Estado».

Cómo reorganizar Rusia es, por último, una reflexión en voz alta -en la medida de mis fuerzas, dice Solzhenitsyn- sobre lo que pudiera ser Rusia en un futuro no muy lejano, y sobre lo que puede esperar el propio pueblo ruso. Nuestro autor considera que la democracia y la libertad son el único camino posible para ganar el siglo XXI: «La construcción racional y justa de la vida política es una empresa muy difícil y es algo que puede lograrse sólo gradualmente (...); pero dicha tarea es mucho más delicada para nosotros cuando partimos de las ruinas catastróficas del país y de la falta de costumbre de sus gentes».

Hoy en día, varios años más tarde de que este libro se terminara de escribir, la Unión Soviética ya no existe. Rusia debe reencontrarse consigo misma, necesita más que nunca del concurso de todos los rusos, cada uno -incluido Solzhenitsyn- en la medida de sus fuerzas, para labrar un futuro en paz.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

JOSÉ LUIS PESET, *LAS HERIDAS DE LA CIENCIA*, Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1993 (184 pp.).

Dentro de la muy apreciable labor editorial que está desarrollando la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León debe reseñarse la colección donde aparece este libro (titulada «Ensayos. Las ideas») que empezó a publicarse en 1991 y que ha pasado un tanto inadvertida, siendo así que la calidad de los textos y lo muy cuidado de su edición (pese a la apariencia un tanto rústica de la maqueta) deberían depararle mejor suerte.

José Luis Peset, sin duda uno de los historiadores españoles contemporáneos más destacados, que se ha dedicado fundamentalmente a la historia de la ciencia habiendo publicado ya un buen número de libros y artículos, es el autor de este texto, que glosa diversos aspectos de esta disciplina por medio de tres estudios centrados en la época de la Ilustración cuya rica producción intelectual conoce especialmente bien.

Jean Jacques Rousseau y Philippe Pinel son los dos autores más frecuentados en los ensayos que componen este volumen, si bien a lo largo de sus páginas aparecen también otros importantes ilustrados como Diderot, D'Holbach, Buffon, etc., respecto de los cuales efectúa el autor un acercamiento muy directo, fruto de una aplicada y extremadamente minuciosa lectura de sus obras. Dicha aproximación se realiza por el conducto de unos temas propios de la disciplina que Peset cultiva, como por ejemplo la polémica (suscitada entre otros por Rousseau en su discurso premiado por la Academia de Dijon en 1750) acerca de los beneficios que el acceso a las ciencias y las artes habría de reportar a los pueblos de la Europa del Antiguo Régimen y si el cultivo de tales disciplinas no profundizaría más bien en la desigualdad oponiéndose a la virtud propia del estado natural y no cumplirían en realidad las ciencias sino la función de enmascarar y hacer más llevaderas las cadenas impuestas a los pueblos, ahogando en ellos el sentimiento de su libertad original.

También, y abundando en esa misma línea, Peset aborda el tema de las ventajas o desventajas de la civilización moderna y del mundo urbano frente al estado natural y el universo campesino, lo que no deja de traslucir ese temor, característico de los ilustrados europeos, ante el cambio social, la urbanización y la proletarianización. Y es que en el trasfondo de las cuestiones tratadas por el autor se encuentran las grandes mutaciones históricas planteadas desde la segunda mitad del siglo XVIII y que estaban siendo impulsadas por el irremediable declive del Antiguo Régimen y la traumática configuración de una nueva sociedad en que la burguesía y el sistema de producción que mejor se acomodaba a su interés -el capitalismo en su vertiente industrial-, constituían los elementos más dinámicos. En ese contexto histórico donde halla su razón de ser la aparición de las nuevas ciencias, su ganancia de prestigio frente a la filosofía o las artes y donde científicos e intelectuales laicos (pese a que referir este término a la época ilustrada supone un anacronismo) relevan a los clérigos en la representación social de la cultura y la ciencia, si bien ello no les exime de mostrarse temerosos, como ya apuntamos antes, ante el vértigo de los trastornos sociales que se avecinaban.

Unos desarreglos propios del tiempo revolucionario que al romper el equilibrio y el ritmo propios de la existencia natural (identificada con la que llevaban los campesinos), al alterar el tiempo humano, sabiamente regulado, provocaban la enfermedad -así por ejemplo, la padecida por «les gens de génie» debido al exceso de trabajo, a sus abusos en la alimentación y en otros órdenes-, de la mano del nuevo régimen de vida traído por el cambio social. Ese sería precisamente el terreno donde se originarían la higiene y la psiquiatría moderna, disciplinas de las que el autor se ocupa ampliamente en esta obra a través del estudio de autores coetáneos como Tissot, Bayle, Esquirol y, sobre todo, Pinel. Debe subrayarse que la introducción o aproxi-

mación a esta temática se lleva a cabo por medio de pertinentes reflexiones sobre el tiempo y su ligazón con el orden, ya que con la llegada de la burguesía aquél se vuelve mucho más una forma de ordenación social -de coacción también- para una más cómoda convivencia.

Y de nuevo el tiempo se convierte en el nervio del último estudio («La lesión como amenaza»), dedicado a los padres fundadores de la psiquiatría moderna para investigar en qué medida se encontraba ya en ellos la consideración pesimista de la enfermedad mental como algo incurable y la proclividad a explicarla en clave somática y por tanto determinista. Y ello a pesar de que Pinel postuló más bien la tesis de que dichas enfermedades eran susceptibles de remitir con un tratamiento manicomial adecuado, muy especialmente las manías. Pero, como señala Peset, «la preocupación por el tiempo de la enfermedad, intentando fijar su evolución en la misma forma que otras ciencias lo hacían en sus objetos de estudio determinó una gran obsesión por la cronicidad y la incurabilidad de la enfermedad mental».

Rafael Serrano García
(Universidad de Valladolid)

ROSA ROS MASSANA, LA INDUSTRIA LANERA DE BÉJAR A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1993 (160 pp.).

La especialización de la localidad salmantina de Béjar en la fabricación de paños, su condición de núcleo industrial, mantenida durante la época contemporánea en un contexto caracterizado por el declive de las actividades textiles tradicionales (Segovia, Palencia, etc), constituye un aspecto muy atractivo, pero mal conocido de la historiografía castellana que se cubre con el recurso a tópicos como el del papel decisivo de los duques de Béjar en el nacimiento y consolidación de la fábrica de paños o la importancia de la demanda militar como destino de los bienes producidos. Y si bien aparecieron en la primera mitad de este siglo documentos interesantes sobre la antigua fábrica (en la revista «Béjar en Madrid») y se han publicado algunos trabajos sobre la historia industrial de dicha localidad, seguía necesitándose una investigación seria que permitiera tasar la fisonomía histórica del textil bejarano dando respuesta a las muchas preguntas que suscita su excepcionalidad en el contexto castellano-leonés.

Pues bien, esta investigación es la que tiene emprendida Rosa Ros y su primer fruto es este solvente trabajo acerca de la fábrica de paños de Béjar a mediados del siglo XVIII, lo que equivale a rastrear en los orígenes de la especialización de esa villa salmantina en la producción textil de calidad. Como la autora advierte en varias ocasiones, ha preferido decantarse por un enfoque estático y recrear una imagen de conjunto del funcionamiento de la fábrica a partir del Catastro de Ensenada cuya